



FORO DEL PATRIMONIO

Separata

"Arqueología Urbana en Granada"

Antonio Malpica Cuello

**ARQUEOLOGIA
URBANA
EN GRANADA**

**Antonio MALPICA CUELLLO,
Universidad de GRANADA**

**Depósito Legal
GR-204/2002**

**Ayuntamiento de Granada
Concejalía de Juventud y Patrimonio
Conferencia del 9 de mayo de 2001.**

Es para mí un honor, seguramente inmerecido, poder hablar en este lugar de todos los granadinos y ante un auditorio como el que hoy tenemos. No oculto que el tema que se me ha propuesto y por el que estamos convocados aquí es difícil de tratar y no estoy seguro de conseguir el propósito inicial del que parto.

Quiero hacer una reflexión en voz alta, que ojalá fuese colectiva y me dejase a mí en mereo introductor, acerca de la arqueología, su desarrollo e implicaciones en nuestra bella y querida ciudad de Granada. Espero que no me ocurra como en otra ocasión en que un colega, enredado más en los asuntos administrativos que en los propios de la disciplina, me dijo que tenía toda la razón en mis propuestas, escritas en un diario local, pero que, al no contar con apoyos en Sevilla, capital de Andalucía, de poco me iba a servir. Con ese enorme cinismo estaba señalando una realidad que, desgraciadamente, es muy habitual en nuestra sociedad y en la vida política, la pérdida de los argumentos razonables en favor de los convenientes. Cuando se llega a tal punto, quien disiente se convierte en una persona molesta y comienza a ser apartado de los pocos foros que ahora existen. Por eso, predominan los "intelectuales", si es que tal nombre merecen, dispuestos a no entrar en los verdaderos problemas y, por tanto, incapaces de encontrar soluciones a conflictos que van creciendo y se convierten en irresolubles. Un manto de confusión y despropósitos cubre la realidad, que, como siempre, es mucho más sencilla y, desde luego, inteligible por todos los hombres y mujeres que viven en ella. Como en cierta ocasión dijo un profesor de nuestra Universidad, de cuyo nombre sí quiero acordarme, pero me van a permitir que no lo haga público, los dos colectivos que van a causar conflictos en Andalucía serán los ecologistas y los arqueólogos. Nada más lejos de la verdad, porque los ecologistas son militantes de una teoría política que usa de la ciencia ecológica, mientras que los arqueólogos somos científicos dedicados a la investigación, si bien algunos de nosotros desarrolla una práctica profesional que alvida con frecuencia, por mor de las llámémoslas circunstancias, sus raíces. No voy a arincherarme en la ciencia, buscando una pureza imposible, y a lanzar anatemas contra quienes han tomado otros derroteros, muchas veces totalmente legítimos. Si lo hiciéramos daría por buena

una visión mecanicista entre lo científico y lo social. Y eso es sencillamente no ya un disparate, sino un error científico de proporciones mayúsculas.

La ciencia —y la arqueología lo es— no puede ser ajena a las necesidades sociales. Por otra parte, son éstas las que en principio determinan su mayor o menor campo de actuación, las líneas preferentes que se han de seguir. De esa manera, cuando he oído señalar a algunos empresarios, que legítimamente quieren ganar dinero con su esfuerzo, que las causas arqueológicas sirven únicamente para un análisis científico, sencillamente me he quedado largo tiempo perturbado. Es más, he podido asistir a la generación de proyectos para poner en valor yacimientos arqueológicos y amplios territorios como parques temáticos, desposeyendo, en mi opinión, a los mismos de su dignidad histórica y dejando a un lado a los pocos o muchos habitantes —generalmente pocos— ajenos al uso de su espacio vital, como si se dedicasen a actividades no ya improductivas, sino casi infames porque no dan la riqueza que los estudios de marketing recomiendan. Parece que la economía es una fuerza de la naturaleza que, como las bombas, llega del Atlántico marcando ritmos alternativos de altas y bajas presiones. Me parece que la economía —en eso estaremos todos de acuerdo— es responsable de los hombres.

Llegados a este punto debo de confesar que defiendo un contenido científico para la arqueología, pero siendo consciente de que está sujeta a la dinámica social. Cuando abogo por una disciplina que nos permita conocer nuestro pasado histórico y los valores estéticos y de otro tipo que en el pasado existieron, a partir del análisis de los restos materiales inestros en el paisaje rural o urbano, muchos debajo de tierra, lo hago porque sé que han de ser integrados en nuestras formas de vida y en nuestro código de valores. Estos restos no son para el disfrute único de quienes los estudiamos con afán, empeño y —por qué no decirlo— con legítima fruición, sino para mostrar a toda la población que son herencia de su pasado, que deben de ser transmitidos a generaciones venideras. No somos ninguno de nosotros, ni los arqueólogos, ni los ciudadanos ni los políticos, dueños de ellos, sino guardianes. Todo esto que ponemos es poco. Celo en su recuperación,

pero también en su preservación y en su formalización. En realidad, a nadie se le oculta que hay elementos de los que disfrutamos, que incluso económicamente son rentables, pero que no se pueden destruir porque son colectivos y no apropiables por ningún individuo ni tan siquiera por un grupo más o menos extenso. Así sucede, por ejemplo, con el mar, por donde navegan miles de barcos transportando mercancías, en donde se pescan toneladas de peces para la alimentación humana, de cuyas aguas se extrae sal y de su plataforma terrestre incluso petróleo. Sin embargo, como el aire y el agua dulce, no son propiedad de nadie.

En los tiempos actuales, la capacidad de generar riqueza por parte de la sociedad humana es inmensa. Lo es tanto que muchas veces va más allá de lo que podríamos sospechar. Y eso tiene consecuencias imprevisibles. Por eso, no es posible defender una actividad que sea esencialmente depredadora, que transforme tanto que impida la marcha atrás y se llegue a un punto sin retorno. Una actividad económica que se base en la explotación sin límite de los recursos, en la destrucción, en la ruptura de los ritmos de vida milenarios, en la valoración del ser humano únicamente como elemento productivo, es contraria a los intereses sociales colectivos, beneficia a unos pocos y perjudica a la mayoría actual y a las generaciones venideras. Supone, por parte de quienes la defienden, una actitud perversa y, evidentemente, una soberbia demencial. Es claro que nadie abientemente, salvo en la época reciente del liberalismo militante, lo hace de manera pública y abierta. Y quienes se hicieron eco de sus bondades en el pasado ahora permanecen callados ante el cretinismo que ha supuesto, como lo demuestran la enfermedad de las vacas locas y la de la fiebre aftosa en Inglaterra, patria de la Sra. Thatcher. La verdad es que se dice de otra manera. Se habla de la necesidad de donar de mejor calidad de vida a las personas, creyendo que el confort se limita a aspectos muy concretos. Aun cuando se dice que deben de coexistir elementos culturales en ese confort de vida, lo es de manera muy matizada. No se quiere mostrar la verdadera dimensión de la cultura, que es el conocimiento de la realidad y el proceso crítico que surge de él. Se crean así monumentos que más parecen parques de atracciones, se consolidan restos arquitectónicos como si fueran decorados

de cartón piedra y se limita el potencial que tienen para el análisis de sociedades pasadas e incluso de la nuestra, que, aunque parezca mentira, no es la única que ha existido a lo largo de la Historia, ni siquiera en la actualidad.

Habría quien piense que soy un romántico que quiere la vuelta a un pasado incontaminado, sin contradicciones entre el hombre y la naturaleza, una especie de arcadia feliz, de edad dorada, que ha sido siempre el sueño de los humanos. No es así. Afirmo que el conocimiento científico —y el que genera la disciplina arqueológica lo es— no sirve sólo para conocer el mundo sino para cambiarlo, como decía Marx cuando se refería a la filosofía. Creo firmemente en el progreso y en el espectacular avance de la tecnología. Pero estoy muy lejos de pensar que ambos se han hecho de manera neutra y que por tanto han de continuarse a toda costa. Sé que la arqueología, como la cirugía, por ejemplo, debe mucho a la capacidad de destrucción de nuestra sociedad. Soy consciente de que ha contribuido muchas veces, y sigue haciéndolo, a justificarla sin más, otras a ralentizarla. No quiero que se prescinda de su concurso para una reflexión colectiva en cuyo punto de mira se encuentra el bienestar y la felicidad humanos. Y eso puede ser poco realista, aunque a mí me parece que sobre todo es muy realista.

De todas estas cuestiones me propongo hablarles hoy a todos Uds. con el simple propósito de mostrarles que la arqueología está inmersa, como todas las ciencias en mayor o menor medida, en un debate científico y social, o social y científico. Para ello voy a intentar hacerlo partiendo del caso de la ciudad de Granada, en la que vivimos, de la que disfrutamos e incluso sufrimos. Sencillamente como nos ocurre con las personas a las que queremos. Antes de hacerlo me permitirán, no obstante, que haga una breve definición de la arqueología, en particular de la urbana, y que les manifieste hasta qué punto el debate científico y social del que venimos hablando tiene un especial significado en ella.

•

•

• 6 •

Vamos a formular una serie de preguntas a las que iremos dando respuestas en la medida de nuestras posibilidades.

¿Qué es la arqueología? En buena medida ya la he definido antes. Ahora lo repetiré y completaré. Si se acude a la etimología, es posible obtener una explicación de partida. El término está compuesto por dos palabras griegas: *αρχαιος*, que significa antiguo, y *λογος*, que quiere decir conocimiento o ciencia. Pero la realidad de la disciplina, en una etapa de maduración epistemológica bastante larga, me obliga a plantear una definición más compleja. La arqueología estudia las sociedades pasadas a partir de los restos materiales que han dejado. Tales vestigios, sobre los que hablaré más tarde, pueden estar en el subsuelo o en la superficie. Así, en algunos casos es posible pensar en ellos como una realidad que sigue viva, caso, por ejemplo, de una acequia de riego, mientras que en otros están fosilizados, quedando formalizados o no. Los restos de los que hablo tienen unas características particulares. Ante todo son la expresión de unas relaciones más o menos complejas del hombre con el medio en que se instala. Por eso mismo, la naturaleza y la sociedad humana se expresan a través de ellos, y, en igual sentido, se debe de entender que en gran medida son fruto de los procesos de producción. Eso no evita que encontremos restos intencionales que nos muestran la cara del poder.

De acuerdo con lo que hemos dicho, la arqueología se halla, en cuanto ciencia, en el punto de contacto entre las que estudian la naturaleza y las que se ocupan de las sociedades humanas. Su fin último es histórico, aunque deba de conocer unas técnicas de otro contenido.

No parece que sea necesario señalar cuál es el interés de conocer la historia de la humanidad. A lo que ya es sabido por todos, me parece oportuno destacar algo que en los tiempos actuales es especialmente importante. Me refiero a la necesidad de mostrar que hay otras sociedades a lo largo de la historia que han dado respuestas diferentes a las que da la nuestra y que ésta es el resultado de un proceso. Incluyo en este caso a las que han conformado realidades culturales que hoy siguen perviviendo y que ocupan

• 7 •

un espacio en nuestro mundo. En cierto modo —y no es poco en los tiempos en que vivimos— quiere poner de relieve que hay otras voces y otros ámbitos que nos enriquecen en su diversidad, en lo multicultural y en lo multicultural, que es el gran debate de este siglo que nace. Y al mismo tiempo la arqueología nos enseña, dentro del dominio de la historia, que conocer el pasado no es saber de los grandes hombres ni de los grandes hechos, sino de cuantos más hombres mejor. Así pues, con una historia que tenga en cuenta los restos del pasado material del hombre, considerado como ser social, es decir, con la arqueología, se amplía el campo de conocimiento y entran facetas que suelen ser olvidadas, se convierte en protagonistas al conjunto de personas anónimas y sobre el que reposan realmente los procesos históricos. Adquieran voz los que no la tienen, porque han quedado fuera del universo privilegiado de la escritura.

En ese entramado científico y social, ¿qué significado tiene la arqueología urbana? En realidad poderlo discernir con propiedad sería significar qué papel ha ocupado y, sobre todo, ocupa la ciudad. No es el lugar oportuno para entrar en un debate, que es imprescindible en el panorama científico y social, y que, por eso mismo, hay al menos que apuntar. La ciudad es una creación histórica. No es una realidad eterna. El hecho de que haya establecimientos humanos en un espacio que luego será urbano no supone que desde siempre existiera. La ciudad es fruto directo de una división social del trabajo y de un control, por tanto, del territorio en que se inserta. Su creación significa ante todo una concentración del poder explicable por el surgimiento del Estado. Por eso, es bastante razonable lo que decía Gandhi refiriéndose a las ciudades hindúes: *"Los narros de las ciudades están hechos con la sangre de los campesinos"*.

El sentido de jerarquización espacial que impone la urbe en el espacio no quiere decir que siempre haya sido un núcleo productivo ni que en todo momento se haya fundamentado en los mismos parámetros. A lo largo de la historia la ciudad ha dado diferentes respuestas a la relación que mantiene con la naturaleza y, por ende, ha sido diverso su papel en el proceso productivo. En tal sentido la relación ciudad/campo es esencial en las socio-

dades precapitalistas, porque en la actual, por razones del propio sistema productivo, la ciudad ocupa prácticamente todo. Es lógico porque la ciudad se convierte en el capitalismo en un centro productivo de primera magnitud y rige la producción en su casi globalidad.

El núcleo urbano es, pues, un elemento de primera magnitud para comprender la sociedad que la ha generado. Sus transformaciones son las propias de cada proceso histórico. Se puede considerar un espacio privilegiado en el conocimiento de la organización del territorio.

Sin embargo, hay dos características que creo que son esenciales para su estudio. De un lado, no son ni mucho menos los únicos organismos que configuran el poblamiento. Los asentamientos rurales nos hablan de manera más evidente, especialmente, como ya he dicho, en el período precapitalista, de los procesos productivos más directamente relacionados con la naturaleza, de la realidad ecológica de la inserción del hombre en el medio natural. De otro, la ciudad ha ido acumulando en un corto espacio físico su historia. La superposición de niveles ha sido una característica constante hasta los tiempos actuales. Hasta nuestra época ni la capacidad técnica ni el empleo de materiales aconsejaban lo contrario. Es ahora cuando el potencial de que disponemos permite construir en vertical más que en horizontal, alterando de manera definitiva los depósitos arqueológicos. Se construye destruyendo. Y eso es preocupante. Lo es porque la acción que se emprende supone una elección en una serie de valores, sin que aparezca en el lugar que le corresponde el del conocimiento y el de la valoración de los restos arqueológicos. Hasta tal punto es así que hay quien ha llegado a decir, en una verdadera broma de soberbia y de ignorancia, que puede haber vestigios monumentales que carecen de valor científico y que los que lo tienen sin contar con la suficiente categoría estética una vez excavados puede ser destruidos. Desgraciadamente estas posturas están muy extendidas entre todos los profesionales que se ocupan de la puesta en valor de los restos arqueológicos. Se olvida, como más adelante insistiremos, que su conservación requiere un previo conocimiento y sin él no es posible entenderlos y menos aún dotarlos de la dignidad más elemental. En este caso se

instalación y modificación de los depósitos arqueológicos. Son las leyes de la estratigrafía las que permiten una aproximación elemental, pero tampoco es posible olvidar el conocimiento de quien hace arqueología. Tanto en la excavación como en la prospección debe de partir de un análisis y debe de extraer datos de contenido esencialmente histórico.

En dos líneas se puede, pues, entender el trabajo arqueológico. La primera es la propia formación histórica y arqueológica; la segunda la técnica de trabajo y sus posibilidades de realización. De entrada hay que advertir que es falsa la idea —y aquí empieza un problema de gran densidad en el trabajo del arqueólogo— que aplicando una técnica correcta se elaboren datos que pueden ser interpretados por un historiador. Esta dicotomía la vive cualquier medievalista con las fuentes escritas, pero lo resuelve en la práctica. No existen paleógrafos que lean los documentos a los historiadores para que ellos los analicen. Mantener esa dicotomía es peligroso, porque conduce a una magnificación de la técnica y un olvido de la parte científica. Esa dualidad técnica/concepción científica (en nuestro caso histórica) se produce en otros campos del saber, lo que ha conducido a un empobrecimiento de la ciencia como liberadora del ser humano y a una dominación directa de intereses emanados del poder, distintos muchas veces a los colectivos.

En la medida en que hay una inclinación creciente hacia las técnicas se está jugando con la posibilidad de apartar tanto del proceso de restauración como de intervención en la ciudad al arqueólogo, que queda reducido a un componente en modo alguno determinante de las decisiones tomadas previamente incluso a su intervención.

A este problema, de gran envergadura y de enormes implicaciones sociales y científicas, que son una misma cosa, se le une otro que aparentemente es de signo contrario, pero que realmente entra dentro de él. Me refiero a que la depuración de la técnica arqueológica, singularmente en la excavación por la utilización de la matriz Harris, ha llevado a multiplicar los datos del registro arqueológico y complicarlo. En verdad que si no se apli-

percebe cada vez una lucha de intereses que van más allá de lo puramente profesional entre los diferentes técnicos que participan en la conservación de los bienes culturales. Por el momento, los arqueólogos han quedado reducidos a un papel secundario por un motivo bien simple, el conocimiento requiere medios y tiempo, y eso ralentiza con frecuencia y violenta la toma de decisiones. En tal sentido se puede pensar que la arqueología no lo hacen propiamente los arqueólogos.

¿Quiénes hacen la arqueología? La respuesta en principio es bien simple. Es más, nadie lo dudaría con un sentido razonablemente común. Pero de manera inmediata surge una segunda pregunta ¿quién es arqueólogo? Para mí, aquel historiador que trabaja con el registro arqueológico. Obsérvese que pongo dos condiciones. La primera, que todo el mundo suscribiría, es que tenga una formación eminentemente histórica, porque todos somos conscientes que la arqueología parte del y sirve al conocimiento del pasado del hombre, según ya he dicho. A ello añadiré que, mientras el historiador de las fuentes escritas trabaja con las palabras, el que estudia los restos materiales lo hace con las cosas, con los objetos. Eso nos lleva a la segunda condición: debe de partir del registro arqueológico. Ha de conocer, por tanto, cómo se obtiene y se elabora para convertirlo en datos históricos que no son nunca iguales a los procedentes de las fuentes escritas. En éstos hay una intención de perturbabilidad consciente, porque la palabra escrita es ley, de acuerdo con unos principios muy antiguos. Incluso las leyes, los códigos, como las tablas de la ley o los mandamientos de Dios, son lo primero que se escribe. En los otros se aprecia una involuntariedad, aunque, al tratarse muchas veces de instrumentos necesarios para el proceso de producción, tienen asimismo una dureza y consistencia que les hacen conservarse sin grandes problemas, sobre todo en sociedades en las que la lucha entre el hombre y la naturaleza es muy dura y constante.

La recuperación de los vestigios arqueológicos significa, desde el mismo instante en que se hace, una opción que siempre está sujeta a condiciones. Pueden ser desde luego intelectuales, propios de la misma formación del arqueólogo y de su técnica, pero también de los procesos de

ca un método riguroso en el medio urbano, en el que existen estratigrafías muy complejas, con numerosas interfaces, no se obtienen resultados adecuados. Pero no lo es menos que puede excusar elaborar un conocimiento de contenido más complejo, claro está que científico. En el mejor de los casos se suele aplazar. Dejando a un lado si es posible intervenir sin tener la suficiente formación científica —o sea, histórica—, diremos que sólo lo sería a condición de que quien excava tuviera tiempo para estudiar y reflexionar sobre lo excavado. Y eso no es así, sometido, como está, a presiones externas al propio arqueólogo, que muchas veces necesita actuar para poder mantener su nivel económico, algo legítimo. El ritmo de las intervenciones no las marca el científico ni siquiera el técnico al tampoco el volumen de las mismas. En todo caso es la administración la que debe hacerlo.

Este funcionamiento de la arqueología urbana ha conllevado a lo que algunos arqueólogos han llamado "excavar para olvidar". Es decir, se trata de obedecer las líneas de actuación y plegarse a ellas.

Pero el tema no puede quedar reducido a poner de manifiesto la realidad, sino que estamos obligados a analizarla en la medida de nuestras posibilidades. Nos tenemos que enfrentar a un hecho evidente, la existencia de la arqueología urbana se debe en gran medida al poder de destrucción de nuestra sociedad. Hay, no obstante, mecanismos favorables y negativos para conseguir establecer un necesario e imprescindible equilibrio entre la ciencia y la técnica arqueológica, así como conseguir una investigación en medio del sistema en que vivimos.

¿Es la arqueología una mera técnica? Es la pregunta que ahora es oportuno hacer y se ha de completar al mismo tiempo con otras afirmaciones. La respuesta a la cuestión previamente enunciada, al menos después de lo que hemos argumentado hasta aquí, es claramente que no. Aunque el arqueólogo opere como un técnico al servicio de intereses que le son ajenos, la arqueología tiene una dimensión que va mucho más allá del levantamiento de plantas y dibujo de perfiles, es otra cosa distinta de la mera relación de materiales. Con todo, tiene una vertiente técnica que siempre, abso-

lamente siempre, debe de existir. Pero no se trata, como en el film *Formosa Camp*, en el que el protagonista corría sin ningún motivo por todo su país, sino que existe una meta y ésta es el conocimiento histórico para transmitirlo a la mayoría de la sociedad.

Hay, sin embargo, algo que no se debe nunca olvidar. Me refiero a que el curso de los acontecimientos obliga a estrategias incluso científicas que permitan elaborar conocimiento. Nadie puede albergar hoy en día la esperanza de que se detenga el movimiento puesto en marcha. No obstante, habría puntos a discutir incluso en este caso. No resulta plantear uno de ellos. El beneficio no puede justificarse a toda costa la destrucción imparable. Se debe a dos cuestiones básicas. En primer lugar al hecho de que los bienes culturales son patrimonio colectivo y es deber de la administración velar por su conservación y difusión. A nadie se le puede ocurrir que las cargas que se derivan de ello salgan directamente de los bolsillos de los particulares. El modelo de sociedad que hay en Europa obliga a que la responsabilidad sea colectiva y, en la misma medida, la inversión tiene que ser pública. Es lo mismo, por raro que parezca a simple vista, que la sanidad y la educación, sólo que exige menos inversiones e incluso puede generar riquezas.

Pero, si como ya he señalado, es impensable que todo se detenga para investigar, debe de acometerse el trabajo con las máximas garantías. En realidad, la utilización del método estratigráfico y el empleo de la matrix Harris, aunque plantea problemas, es aconsejable con el objetivo de conseguir unos datos bien elaborados. Eso quiere decir que la arqueología la deben de ejecutar arqueólogos preparados y, por supuesto, atentos a las principales cuestiones que se deben de investigar. Para ello es preciso que su trabajo, ejercido —por qué no— libremente, tenga un contrate científico y, en la medida de lo posible, se integre en un proyecto más amplio. El arqueólogo no puede sancionar sin más lo que ya está decidido de antemano. El mercado libérrimo genera muchísimos males incluso en la arqueología y, desde luego, en el tema del patrimonio. Nadie puede creer que quien excava va pagado directamente por quien construye no está sometido a algunas

presiones. Tampoco es creíble que quien excava de forma continuada puede reflexionar de manera incluso elemental sobre la categoría científica de los vestigios y su valor patrimonial con suficientes garantías.

La arqueología tiene mucho de técnica, el que la práctica debe de conocerla bien, pero nunca se puede limitar ni escudar en ella. En la medida de lo posible debe de debatir con sus colegas de otros ámbitos y de otra procedencia. Es necesario, pues, potenciar una comunidad científica abierta a quienes lo deseen, no cerrada a la academia, responsable de mucho de lo que ha sucedido y está sucediendo. Asimismo, hay que crear foros de discusión como en el que estamos.

Sé que quedan muchas cosas por tratar y que, por necesidades de tiempo en este caso como en otros, comúnmente se dejan a un lado. En otro lugar expuse algunas cuestiones que ahora sólo enumeraré (MALPICA, 2001). Se refieren a la necesidad de prever antes de que sea demasiado tarde y no haya marcha atrás. Para eso me baso en lo que ha enunciado Ricardo Francovich: *“Las intervenciones definitivamente destructivas en el interior de los centros habitados y más generalmente en lo sedimentado históricamente, son una realidad que puede ser controlada, pero no científicamente eliminada”* (FRANCOVICH, 2000 : 13).

Eso obliga a una planificación, al mismo tiempo que se hacen los planeamientos urbanos. Es necesario saber y actuar en donde se vaya a producir una prolongación de la ciudad, porque las relaciones entre ésta y el campo circundante son esenciales desde un punto de vista histórico. Significa conocer la dinámica de los asentamientos urbanos y no urbanos y su interrelaciones. Los instrumentos necesarios para hacerlo son: —cartografía de riesgo y de la potencialidad de los depósitos arqueológicos, y —cartografía de las intervenciones conocidas, de los restos emergentes y de las referencias en las fuentes.

A ese análisis hay que añadir los propios de los núcleos abandonados y que han quedado fosilizados —caso, por ejemplo, de la Alhambra—, los

cuales nos pueden demostrar cómo se han ido desarrollando y han cesado. Y aquí, aparte de la Alhambra, merece la pena destacar por encima de todo la ciudad perdida y casi destruida de Madinat Ilibira. Es una de las cuestiones pendientes de mayor alcance en el panorama arqueológico de España.

Uegamos a un punto esencial. La arqueología involuntaria, que es casi la única que se practica, no debe de impedir la investigación ni tampoco la arqueología planificada.

•
•

Aunque he trazado una panorámica general que sirva a la luz la experiencia de Granada (MALPICA, 2000 a, y MALPICA, 2000 b), me parece oportuno analizar con más detalle lo que ha ocurrido en nuestra ciudad. He sido quizás demasiado prolijo en los antecedentes, pero considero que era imprescindible hacerlo, porque de otra manera sería incomprensible lo que a continuación me veo obligado a plantear, a veces con profunda tristeza, otras con esperanza fundamentada.

No voy a entrar a hacer una historia de la arqueología en Granada, que la ha escrito Manolo Ramos y espero fervientemente que sea publicada de manera inmediata. Me limitaré, pues, a dar algunas pinceladas necesarias.

En el siglo XVIII se hizo una operación de falsificación de la historia de Granada que llegó a stairs de las que aún no hemos salido del todo, pese al noble esfuerzo de generaciones de estudiosos. La búsqueda desesperada de una Granada cristiana y romana, contraria a la árabe, mejor dicho buscando que fuese integradora bajo el predominio de la religión cristiana, llevó a fraudes de todo tipo, que han sido magníficamente analizados por Manuel Sotomayor (SOTOMAYOR, 1988).

El empeño de los Gómez-Moreno, especialmente del hijo, fue limpiar ese origen corrupto de nuestra arqueología, pero dando por sentado siem-

pre que había una Granada romana que había prevalecido sobre la árabe. Mostraba así la irrelevancia de ésta para engrandecer a aquella. El debate sobre la dualidad Granada/Albira quedó resuelto en favor de nuestra ciudad. No es mi deseo abundar en estos argumentos, que escapan al actual propósito que nos ha reunido hoy aquí, ni mucho menos reverdecer un debate que considero agotado sobre la Granada romana y la árabe. Lo que parece oportuno decir es que ésta ha sido despojada de gran parte de su dignidad monumental. Bien es cierto que los grandes edificios han sido recuperados y puestos, de uno u otro modo, en valor. Pero su dimensión estética y monumental lo hacían obligatorio. Si a todo ello añadimos la realidad de una arqueología falta de conceptos y sumida en una práctica errática, sin estar conectada ni a las labores de restauración y ajena a las grandes operaciones urbanísticas del siglo XIX y de principios del XX, los resultados fueron los esperados. Cuando Torres Balbás, uno de los personajes más relevantes de su época y cuya figura agiganta el paso del tiempo, escribe su célebre artículo "Granada: la ciudad que desaparece", en 1923, del que disponemos recientemente gracias a la edición hecha por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de nuestra Universidad bajo la responsabilidad directa de un buen conocedor de su trabajo y de la ciudad, como es Javier Gallego, lo que está haciendo es señalar no sólo lo que había desaparecido, que era mucho, sino que analiza los motivos que lo hicieron posible. El mismo egregio arquitecto reconoce que ha estudiado los grandes edificios destruidos, pero no tantos otros vestigios que debieron de ser aniquilados. Así, escribió: "Éstos son los edificios monumentales de cuya destrucción aun queda memoria; pero ¿podemos figurarnos la cantidad de casas humildes, de rincones pintorescos, de detalles desaparecidos en el silencio, sin que ellos haya quedado ni el recuerdo?" (TORRES BALBAS, 1923 : 316).

Torres Balbás no se lamentaba sólo de esa destrucción generalizada, sino de que, a cambio, se estaba construyendo una ciudad desposeída de todo carácter histórico y de valores estéticos generales: "Una antigua ciudad como Granada tiene sus grandes monumentos, que le dan fama, ostentando su arte a la admiración general; pero, además, tiene una serie de barrios, de callejuelas, de plazuelas, de viviendas modestas, que son la expresión del arte

popular. Y este arte humilde y callado, que pocos aprecian; este arte, que va transmitiéndose de generación en generación sistemáticamente, cuyas transformaciones son muy lentas, forma la verdadera personalidad espiritual de la urbe. Cada nuevo día el sol sale sobre una ciudad menos bella que la que mostró el día anterior" (TORRES BALBAS, 1923 : 317).

Y en otro momento añade: "Destruir es fácil y rápido; acabar con la población vieja es cuestión de pocas años; lo difícil es crear una urbe nueva de aspecto agradable" (TORRES BALBAS, 1923 : 318).

La situación ha ido empeorando en un crescendo imparable. Durante muchas décadas no se han tomado medidas de ningún tipo y cuando la arqueología ha pretendido establecer unos parámetros mínimamente científicos ha sufrido una derrota sin paliativos.

Es verdad, gracias sobre todo al citado Torres Balbás, que hay edificios estudiados, pero hubiera sido necesario un mayor análisis arqueológico. Pese a todo, una simple observación de las funciones que cumplían y de su configuración urbanística nos previene, por ejemplo, de la existencia de un programa edilicio en la propia ciudad de Granada en el período cumbrado de la arquitectura nazarí, que, sin embargo, escapa a cualquier visitante medianamente cualificado. Me refiero, claro está, a las construcciones que hay en el entorno de la mezquita mayor, de la que poco sabemos en época nazarí, pero que debió de sufrir alguna transformación, siquiera un ennoblecimiento decorativo. La alcaicería, el funduq conocido como el Corral del Carbón y la madraza, todas ellas posiblemente obras de Yusuf I, le confieren un significado al área en que se insertan. Nos advierten de la necesidad de estudiar incluso los monumentos desde una perspectiva que vaya más allá de su simple elogio estético. Pero también, si queremos completar la moderna visión que tenía de ellos Torres Balbás, habrá que prestar atención a intervenciones arquitectónicas para poder extraer informaciones arqueológicas. No se puede repetir situaciones como las que se han producido a veces, en las que sólo se han hecho excavaciones cuando han aparecido restos de cierta importancia.

No nos engañemos. El problema, por muy importante que sea, no afecta sólo a las construcciones monumentales, sino a la totalidad del núcleo y a su entorno más inmediato.

En los tiempos más recientes la ciudad, tanto el centro histórico como la periferia, al compás de su llamada "modernización", ha sufrido una modificación mayor. No sólo se han construido edificios de todo tipo, sino que paralelamente los ejes de avance de Granada han ido variando. Así, se ha producido una ampliación de la ciudad a costa de la Vega, pero ahora lo hace en múltiples direcciones. La verdad es que las intervenciones arqueológicas han tenido lugar únicamente en los últimos quince años. Acerca del rigor con que se han hecho y de lo que han aportado al conocimiento histórico voy a resumir las conclusiones que he publicado en trabajos precedentes.

En los primeros años en que la Junta de Andalucía adquiere las competencias en arqueología, o sea, a partir de 1985, se comienzan a desarrollar dos proyectos de investigación, que, aunque parezca que no tienen relación en sus comienzos, es evidente que en el transcurso de sus desarrollo llegan a establecerla. Uno de ellos se llamó en sus inicios *La ciudad ibero-romana de Granada*, para luego, conforme se observó el fallo inicial del mismo —la consideración de la ciudad como uniestratigráfica— modificarlo y pasar a ser *La ciudad ibero-romana y medieval de Granada*. El otro se levó a calbo en el solar que ocupó en su día el Maristán de Granada, hospital islámico fundado por Muhammad V. Su realización, sin embargo, mostró desde el comienzo los duros problemas de la arqueología urbana en una ciudad como Granada, en la que el amor a la cultura es con frecuencia sólo aparente.

El primero de los citados puso de manifiesto ante todo que el deseo de los directores era señalar la existencia de una ciudad romana en Granada. El precedente más inmediato, tanto por el lugar en el que se intervino, el Carmen de la Muralla, propiedad municipal, como por las líneas maestras a desarrollar, estaba en el trabajo del Padre Socomayor (SOTOMAYOR, SOLA y CHOCLAN, 1964).

El propósito era loable. Se pretendía profundizar en el conocimiento de una etapa desconocida, sobre la que siempre se han cernido muchas sombras y oscuridades. No obstante, el deseo de solucionar un problema historiográfico de envergadura, en rigor, el querer demostrar de forma fehaciente la presencia de una ciudad romana, heredera de la *Illiberi* ibérica, podía acarrear otros muchos problemas añadidos. Al considerar un momento como principal objetivo científico en un núcleo urbano, se olvidaba que en realidad se actuaba en un yacimiento pluriestratigráfico. Cuando además se empiezan a realizar excavaciones de urgencia en el entorno del solar en el que se actuaba en aquellos momentos, la época medieval emerge con toda su intensidad.

A falta de la Memoria final, sólo disponemos de algunos elementos, suficientes, no obstante, para considerar lo que ha supuesto tal proyecto. Ante todo, se observa que el deseo inicial de los arqueólogos es mostrar la existencia del *Municipium Flavianum Ilibitanum*, que se apoyaba en testimonios escritos, en la obra de anticuarios y —por qué no decirlo— defraudadores, en algunos materiales hallados y en inscripciones romanas. Pero no es menos curioso observar asimismo cómo el trabajo de excavación no satisfizo las propuestas iniciales ni se enfrentó a los temas que fueron asignado. Seguimos sin conocer la posible entidad de la ciudad ibérica y menos aún de la romana. Nadie ha planteado tampoco cómo y cuándo se produjo la formación de la islámica. Es más, no se precia si hubo o no un hito; tampoco se dice nada acerca de la existencia de estructuras precedentes a la ciudad del siglo XI, caso de que no fuesen urbanas, mientras que ésta la encontramos ampliamente documentada. Ni que decir tiene que la evolución de la misma billa por su ausencia. Se puede considerar grave desde el momento en que se trataba de un proyecto sistemático de investigación arqueológica en un núcleo urbano.

Por lo que respecta al segundo de los que ha habido en Granada, ya he indicado que investigaba sobre el hospital edificado por Muhammad V, el Maristán. Aun cuando estaba en el mismo entramado urbano del Albayzín granadino, no se advierte una colaboración entre los arqueólogos que tra-

bajaron en el Carmen de la Muralla, sobre cuyos resultados ya he hablado, y los que la hicieron en el solar en donde se supone que estuvo aquél. Esto debe de ser considerado como un lastre para ambas intervenciones, porque hubiera sido mejor una puesta en común de conocimientos y técnicas arqueológicas. Se debió esencialmente a que la procedencia de unos y otros era diferente y también al hecho de que los intereses científicos no coincidían, pues se buscaban cosas distintas.

El proyecto del Marisán estaba animado por el deseo de recuperar un monumento, aunque también se buscaba insertarlo en la trama urbana. Los arqueólogos que intervinieron mostraron desde el principio una gran preocupación por una temática amplia y una moderna metodología.

Los resultados no propiciaron de manera inmediata una solución para los vestigios allí encontrados y aún siguen en marcha, después de una parada demasiado larga, los intentos de recuperación.

En cualquier caso, parece más que evidente que los dos proyectos no han arrojado la luz necesaria sobre el debate historiográfico que debió de retomarse en esas fechas. Mientras en el primero se adopta de forma acrítica la existencia de un continuismo en la estructura urbana desde época ibérica y romana hasta la medieval, en el segundo este tema queda muy esfumado por la necesidad de fijarse de manera principal en el edificio. Y esto es de lamentar, porque la aparente densidad histórica oculta la verdadera dimensión histórica que debe de ser inherente a toda investigación arqueológica.

La enorme ventaja que han tenido estos trabajos sistemáticos, pese a sus deficiencias y aun fallos de cierta importancia, es que fueron creando la necesidad de hacer excavaciones en la ciudad. La propia normativa creada por la Junta de Andalucía las hacía obligatorias, pero la práctica ha ido más allá de ésta. Sin duda se debe al impulso de los arqueólogos granadinos, o al menos de un grupo de ellos, principalmente nucleado en torno al Departamento de Prehistoria y Arqueología. Por eso, no cabe extrañarse del

gran volumen de intervenciones que se han realizado en el período que va de 1983 a 1994, antes de que se tomara la iniciativa de llevar a cabo una programación global de las actividades arqueológicas en el conjunto de la ciudad, que ha sido dinamitado por fallos propios y por intereses ajenos al grupo que lo creó y defendió.

Es ahora cuando conviene hablar de todo esto con una mirada crítica poseída. Las llamadas excavaciones de urgencia en toda el área de Granada durante los más de diez años que se analizan, han sido 58 excavaciones, a las que se deben de añadir 56 seguimientos. Se comprenderá inmediatamente que es imposible evaluar con detalle la totalidad de intervenciones. Únicamente se pueden hacer algunas referencias concretas y un balance más global.

De entrada cabe decir que se observa un nivel de interés científico prácticamente nulo. Se suelen reproducir acriticamente cuestiones aparentemente consolidadas, aunque en realidad nunca se han confirmado de manera satisfactoria. Es el caso de la continua reiteración del valor concedido a la ciudad romana y la nula atención prestada a la islámica. Y eso no ocurre sólo en las intervenciones realizadas en el Albayzín sino incluso en la misma Vega de Granada, como se pone de manifiesto en la que se llevó a cabo en los Vegueros, en el Zaidín, en donde apareció una importante villa romana. He aquí lo que escriben sus excavadores. "El enclave geográfico de la villa de los Vegueros en el sector oriental de la Vega de Granada, nos servirá como indicador de la situación privilegiada que éste posee, no sólo por sus potencialidades agrícolas sino también por sus posibilidades comerciales y económicas con la cercana ciudad de Iliberris (...). Seguramente y a tenor de los restos romanos encontrados a escasos metros de la villa (necrópolis y villa frente al Palacio de Deportes, y necrópolis bajo la actual sede de la Caja Rural de Ahorros en Granada, ambas destruidas recientemente), formaría parte del cinturón de las "villas" ubicadas en torno al territorio de la ciudad a la cual dirigen sus excedentes, pues ante todo, una villa es una explotación agrícola, y como tal constituye un término económico" (FRESNEDA, TOIRO, PEÑA y GÓMEZ, 1991 : 154).

Gracias a tales afirmaciones nos hemos podido enterar también de que había otras, no excavadas, en sus alrededores. Tampoco sabemos mucho del destino que han tenido ni los materiales ni los restos arquitectónicos.

Independientemente de esta cuestión, que, por cierto, no debe de considerarse baladí, hay que pensar que una práctica arqueológica tan continuada ha debido de generar datos de indudable interés que cualquier arqueólogo con suficiente preparación podría incorporar a un debate de mayor alcance. Para eso es imprescindible que la técnica de trabajo sea lo más depurada posible y permita obtener un registro arqueológico bien definido.

Parece que ha sido habitual en muchas intervenciones el empleo del método de alzadas artificiales para llevar a cabo la excavación. Se podrían poner múltiples ejemplos, que sólo servirían para ilustrar una práctica muy consolidada que hemos visto que continúa en los últimos años. Por inexplicable que pueda parecer su uso está muy extendido y se hace de manera acrítica. Por otra parte, las intervenciones suelen hacerse por medio de pequeños sondajes de 4 m x 4 m, esparcidos por los solares, cuando no separados por vestigios que sólo sirven para entorpecer la lectura estratigráfica. Se plantean de manera tan rígida que, incluso cuando aparece una estructura arquitectónica no se varían, quedando casas excavadas de manera fragmentaria.

Tenemos, de ese modo, una visión en mosaico de la realidad arqueológica que es por definición pluriestratigráfica y, además, llena de interfallidos. El resultado es un rompecabezas casi imposible de ordenar.

Así pues, anclados en unos paradigmas muy alejados del debate actual acerca del papel de las ciudades en el tránsito de la Edad Antigua a la época medieval, que no fueron, como es lógico, contrastados suficientemente por que permitían el juego cómodo de intervenciones acríticas y realizadas por cualquier técnico sin formación histórica, se ha hecho una arqueología vacía de contenidos. Y lo que es peor, al carecer de una técnica mínimamente depurada, el destino de estas excavaciones era su olvido. La recogida de

materiales y de información eran claramente insuficientes. Lo demuestran los vanos intentos de reconstruir la serie estratigráfica de algunas de ellas que se han hecho a posteriori.

Con tan escaso bagaje nada o casi nada se oponía a la marcha creciente de la destrucción. Se acudía a hablar de la defensa del patrimonio, pero tal solución podía durar un tiempo mínimo. De todas formas, la explotación aparecía de vez en cuando. Muchas veces se excavaba después de actuar incluso palas mecánicas, lo que con el tiempo, sin embargo, ha sido cada vez más raro.

Parecía como si los arqueólogos no tuvieran más interés que el de intervenir sin límites y acumular materiales y datos con frecuencia inconexos. El debate historiográfico no existía, pero es más difícil de explicar, a no ser que se hable sin ambages de una técnica prácticamente inexistente, por qué no surgió de la propia práctica arqueológica una discusión aunque sólo fuese eso, técnica.

Toda la situación anterior hizo que se planteara justamente la necesidad de crear un proyecto arqueológico que tuviera a la ciudad de Granada como objeto de su conocimiento. El amanque paría de unos principios de una lógica aplastante. Se consideraba, con buen criterio, todo el conjunto urbano como un único yacimiento. Se procedió incluso a una delimitación espacial para que se conocieran los riesgos de cada área en base al conocimiento arqueológico e histórico de todas ellas. Se adoptaba una técnica de trabajo común, previa discusión. Por eso, se elaboró una ficha, realmente muy prolija y en cierto modo poco operativa, pero digna de ser considerada. Se estableció un sistema de registro de los materiales que permitiera su ubicación inmediata, creando un método de intervención arqueológica por áreas de acuerdo con la proyección universal UTM. Es más, se buscó integrar todas las excavaciones pasadas en el moderno proyecto.

Sin embargo, había dos fallos iniciales claramente perceptibles. El debate historiográfico brillaba por su ausencia. Se llegó a pensar que los

datos eran neutros y podía convertirse auténticamente en documentos. Pero el siguiente problema era aún más grave. La base humana de que se partía era muy escasa. La experiencia arqueológica no siempre era la adecuada para las necesidades que había ni tampoco el tiempo que comúnmente se empleaba en el trabajo académico era el mismo que solía utilizarse en las intervenciones arqueológicas, mucho más rápido que aquel. Tal vez por ello, se buscaba, con un empeño mayor del que habría supuesto, un análisis histórico precedente a la propia intervención arqueológica, antes de que tuviera lugar, con el fin de conseguir un fácil marco de referencia.

La búsqueda de datos, el deseo de comentarios para proceder al análisis de una nueva historia, fuerza a plantear una metodología nueva, alejada de la simple acumulación de objetos especialmente bellos. Los problemas se multiplican en esta nueva dimensión de la arqueología, que tiene como tarea básica la excavación, si bien no única. En efecto, de un lado, la repetición de trabajos obligados por las circunstancias de una destrucción continuada, ha hecho que las actuaciones arqueológicas se descompongan en diferentes partes de un mosaico no siempre posible de componer. De otro lado, la contemplación de los vestigios arqueológicos posicionados en el espacio y en el tiempo, partiendo de la propia materialidad de ellos, se enfrenta directamente a las diversas especialidades que concurren en el conocimiento de las sociedades. La historia basada en la documentación, pero también la del Arte, se ven desasistidas de forma creciente de una materia que creían auxiliar y está mostrando no serlo.

La práctica de la arqueología urbana, no obstante, a lo sumo se ha movido y puede seguir haciéndolo en dos líneas de actuación. De un lado, existía aquella que se dedicaba a intervenir esperando que los resultados finales vieran dados en un futuro más o menos próximo por quienes pretendían estudiar la ciudad de Granada. De otro, se apreciaba otra que buscaba una discusión historiográfica a partir de las intervenciones arqueológicas y en el mismo momento en que se producen.

Todo este debate, sin embargo, no ha quedado explícito. Es más, ha sido normal en la arqueología urbana granadina y aun en la andaluza que brille por su ausencia. Solamente se ha enfocado en un discurso, excesivamente prolijo y farragoso al tiempo que también simplista, sobre el patrimonio. Tanto es así que no ha definido ni siquiera lo que es éste. En realidad, se ha pretendido excavar para conservar, no para conocer y, luego, conservar. Y esto ha generado miles de contradicciones, entre otra la prevalencia de unos períodos sobre otros e incluso la adopción en determinados casos de una arqueología más propia de anticuarios que de científicos.

Si unimos a lo antedicho la dinámica social dominante, el resultado estaba servido. Se desata en 1996 como fruto de una campaña de prensa que viene acusaciones muy graves e injustas contra el *Proyecto de Arqueología Urbana de Granada*. La solución adoptada por la administración fue dejar las manos libres a los promotores para contratar a los arqueólogos.

El resultado, como intentaré mostrar, ha sido mucho peor de lo que se esperaba y seguramente de lo que se pretendía. La libertad de mercado, verdadera ilusión en el mundo en que vivimos, ha degradado aún más el trabajo del arqueólogo. Su condición de científico ha quedado reducida a la nada. Esta situación cuenta, a decir verdad, con el apoyo entusiasta de una parte de la administración y de algunos de sus técnicos.

Pero no quiero entrar en valoraciones que no aporten datos reales y me veo asimismo obligado a señalar algunas líneas que puedan resolver esta situación.

En el período que va de 1983 a 1994 hemos contabilizado un total de 114 intervenciones arqueológicas en la ciudad de Granada, con un crecimiento que se va a ampliar en los siguientes años. En efecto, en la siguiente tabla se puede apreciar hasta qué punto se ha producido un desarrollo — llamémoslo así— de la arqueología urbana:

PERIODO 1995-2000 (6 AÑOS)

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	155
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	154
TOTAL	309

AÑO 1995

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	30
TOTAL	30

AÑO 1996

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	10
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	31
TOTAL	41

AÑO 1997

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	17
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	33
TOTAL	50

AÑO 1998

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	29
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	21
TOTAL	50

AÑO 1999

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	40
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	31
TOTAL	71

AÑO 2000

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS	29
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	38
TOTAL	67

Las cifras no son nada desorbitables y merecen una especial reflexión. De entrada, al menos en mi opinión, no es negativo, sino que puede ser muy positivo que se haya intervenido tanto. Eso supone tener una muestra muy amplia del subsuelo de la ciudad. Por tanto, cabe esperar que los resultados de tales actuaciones nos permitan conseguir una imagen más clara de lo que fue Granada en todas las épocas. Para ello, por supuesto, es imprescindible que los arqueólogos que han intervenido elaboren sus excavaciones y nos ofrezcan datos adecuadamente tratables a niveles científicos. Dejando a un lado la profunda desigualdad que se observa en la formación de muchos de ellos, sin apenas formación contrastada, me quiero referir al número de los participantes y a las cifras de excavaciones. La tabla que ofrezco a continuación es muy precisa y nos da suficiente información:

AÑO 1996

TOTAL DE INTERVENCIONES	41
ARQUEOLOGOS	19

9 Arqueólogos con 1 intervención	21,95%	del total
3 Arqueólogos con 2 intervenciones	14,63%	
4 Arqueólogos con 3 intervenciones	29,27%	
2 Arqueólogos con 4 intervenciones	19,51%	
1 Arqueólogo con 5 intervenciones	12,20%	

12 Arqueólogos han realizado el 36% de las intervenciones
 4 Arqueólogos han realizado el 29,27% de las intervenciones
 3 Arqueólogos han realizado el 31,60% de las intervenciones

AÑO 1997

TOTAL DE INTERVENCIONES	50
ARQUEOLOGOS	21

5 Arqueólogos con 1 intervención	10% del total
5 Arqueólogos con 2 intervenciones	20%
8 Arqueólogos con 3 intervenciones	48%

- 1 Arqueólogo con 4 intervenciones 8%
- 1 Arqueólogo con 7 intervenciones 14%
- 10 Arqueólogos han realizado el 30% de las intervenciones
- 8 Arqueólogos han realizado el 48% de las intervenciones
- 2 Arqueólogos han realizado el 22% de las intervenciones

AÑO 1998

TOTAL DE INTERVENCIONES	50
ARQUEOLOGOS	23
13 Arqueólogos con 1 intervención	26% del total
3 Arqueólogos con 2 intervenciones	12%
3 Arqueólogos con 3 intervenciones	18%
3 Arqueólogos con 4 intervenciones	24%
1 Arqueólogo con 5 intervenciones	10%
1 Arqueólogo con 6 intervenciones	2%

- 16 Arqueólogos han realizado el 38% de las intervenciones
- 6 Arqueólogos han realizado el 42% de las intervenciones
- 2 Arqueólogos han realizado el 22% de las intervenciones

AÑO 1999

TOTAL DE INTERVENCIONES	71
ARQUEOLOGOS	26
12 Arqueólogos con 1 intervención	16,90% del total
8 Arqueólogos con 2 intervenciones	22,53%
1 Arqueólogo con 3 intervenciones	4,22%
2 Arqueólogos con 5 intervenciones	14,90%
2 Arqueólogos con 6 intervenciones	16,90%
1 Arqueólogo con 9 intervenciones	12,67%

- 28 Arqueólogos han realizado el 39,43% de las intervenciones
- 3 Arqueólogos han realizado el 19,12% de las intervenciones
- 2 Arqueólogos han realizado el 29,57% de las intervenciones

AÑO 2000

TOTAL DE INTERVENCIONES	67
ARQUEOLOGOS	28
14 Arqueólogos con 1 intervención	20,89% del total
11 Arqueólogos con 2 intervenciones	32,85%
1 Arqueólogo con 3 intervenciones	4,47%
2 Arqueólogos con 10 intervenciones	29,85%

- 25 Arqueólogos han realizado el 53,72% de las intervenciones
- 1 Arqueólogo ha realizado el 4,47% de las intervenciones
- 2 Arqueólogos han realizado el 29,85% de las intervenciones

La verdadera dimensión del problema nos la ofrece, sin embargo, cuando agrupamos los datos, como se hace en la siguiente tabla:

GRUPOS DE ARQUEOLOGOS 1996-2000

- A** Integrado por cuatro arqueólogos ha realizado el 13,26% del periodo.
- B** Formado por cuatro arqueólogos ha llevado a cabo el 14,88% del periodo.
- C** Sólo hemos incluido un arqueólogo que ha hecho nada menos que el 12,29% de las intervenciones en esos años.
- D** Dos arqueólogos que trabajan juntos han participado en el 4,85% de todas las actuaciones.

Así pues, estadísticamente, agrupados los cuatro equipos, cuya producción científica, salvo en un caso, es prácticamente nula, tenemos lo que sigue: A+B+C+D (10 arqueólogos) han realizado 45,30%.

Mientras que el resto de arqueólogos que han hecho una o varias excavaciones, es decir, 40 arqueólogos han realizado el 54,69%.

Las cifras son más que elocuentes. Pero por si alguien tiene dudas y pretende defender que no hay tal agrupamiento, diremos que individualmente se alcanza el siguiente número:

- a El cabeza del grupo **A** ha llevado a cabo el 7,4% del total.
- b El responsable del grupo **B** ha hecho el 7,1% de cuantas se han ejecutado.
- c Una sola persona ha actuado nada menos que en el 12,3% de los casos.

Los totales son muy reveladores: a+b+c (3 arqueólogos) han realizado el 26,8% de las intervenciones.

Por el contrario el 73,13% de las intervenciones las han dirigido 47 arqueólogos.

Varias cuestiones aparecen en todo este volumen de cifras. Ante toda una concentración que incluso es mayor si tenemos en cuenta que se han dado agrupaciones de intereses. Se deben en la mayor parte de los casos a la negativa, con buen criterio, por parte de la administración a tramitar permisos mientras que no se acabase la intervención anterior, pues en algunos años se ha dado el caso de que un solo arqueólogo ha gozado de varios permisos al mismo tiempo, o antes de cumplir el trámite de presentar informe se le ha cursado otro. Estos cálculos no incluyen dos supuestos que serían aún más reveladores. De un lado, ha habido arqueólogos que han lleva-

do a cabo excavaciones fuera del núcleo de Granada y aquí no están computadas, lo que abundaría en la idea de que hay un cierto control monopolístico. De otro lado, es imposible, a no ser que se llevase a cabo una investigación más a fondo, que por el momento no se ha hecho, computar el costo de las excavaciones, no sólo en el pago de los arqueólogos, sino en el impuste global. De todas formas, por las cifras que salen en la prensa de algunas intervenciones imaginamos que una excavación, por su duración y presupuesto, es suficiente para explicar que haya técnicos, como ellos mismos se llaman, que con una o dos actuaciones puedan mantenerse bastante bien como profesionales libres.

Podría pensarse que los que más han intervenido son los mejores arqueólogos. No voy a entrar en la cualificación de los mismos, aunque hay de todo en mi opinión, sino en la realidad de que ni ha aumentado el conocimiento que tenemos de la ciudad a niveles arqueológicos, a no ser que lo conozcan los excavadores y no lo escriban ni lo comuniquen verbalmente, ni la técnica se ha depurado. Basta con echar un vistazo a los informes de muchas de tales excavaciones. Es más, ni siquiera se ha evitado el conflicto de intereses en que se haya inmersa la arqueología frente a otros intereses. A casos que suceden a espaldas de la opinión pública, pero que son importantes —disputas por conseguir tal o cual excavación, con informes y contrainformes, quejas de favoritismos de unos y otros, corporativismo en beneficio de una minoría, etc.—, hay que anotar los que han salido a la luz más o menos recientemente. Con frecuencia la mayoría de los ciudadanos sólo recibe noticias de dudosa veracidad histórica y arqueológica, o bien magnificando hallazgos que aportan conocimientos suficientemente conocidos por cualquier persona medianamente culta.

He aquí la solución que se ha puesto en marcha para evitar el anterior "monopolio universitario de la arqueología".

No se me oculta que muchos de los resultados podrán salir a la luz tras una investigación laboriosa y honesta. Yo mismo dirijo al menos dos tesis doctorales sobre la arqueología urbana de Granada que están realizan-

do seridos arqueólogos que trabajan libremente como tales en nuestra ciudad. Tampoco puedo olvidar que muchos de los que actúan en nuestra ciudad, si tuvieran las condiciones elementales precisas, harían una labor enconmiabie en favor de la arqueología y de la historia de Granada. Pero las condiciones no son para ellos las mejores. Realmente no pueden investigar por-que carecen de medios para hacerlo, que son muy costosos, pues la infor-matización de los datos, una vía para manejarlos con el registro arqueológi-co que en la actualidad se utiliza, requiere unas inversiones muy elevadas y personal dedicado casi en exclusiva a ello. Por otra parte, la presión de las administraciones y de los promotores es muy fuerte, porque los costos recaen sobre ellos y exigen al arqueólogo no sólo un ritmo muy acelerado de trabajo, sino también resultados favorables a sus intereses.

Las soluciones son muy difíciles de dar. No hay una receta mágica. Sólo me atreveré a señalar algunas ideas ya enunciadas. En primer lugar, es absolutamente necesario dignificar la arqueología, entre los arqueólogos — esta es una tarea que aún no ha emprendido el grupo profesional de arqueólogos ni tampoco la universidad, en donde únicamente se enseña arqueología—, y también de cara a la sociedad. Si se exige un sacrificio, a veces demasiado largo y penoso, debe de reventir en la colectividad en forma de conocimiento y de elaboración de ideas sobre el patrimonio, así como en realidades palpables. La dimensión social debe de ir acompañada en todo momento de la científica. El arqueólogo debe de examinarse conti-nuamente ante sus colegas, ante el cuerpo de especialistas. Nunca ha de rehuir el debate acerca de sus actuaciones. Para ello debe de publicar y pre-sentar ante todos los resultados, pero sin limitarse a esquemáticos informes que no dicen nada. Y aquí he de confesar mi estupor cuando yo mismo he invitado a hacerlo a algunos de ellos a publicar o debatir, cómo no han sido capaces de hacerlo, salvo en muy contadas ocasiones. Se aduce, con fre-cuencia, que si se investiga no se puede vivir. El argumento es falaz. Siempre hay soluciones. Por ejemplo, se debe de exigir una dotación para tal actividad. Pero también está el recurso de compartir con equipos de investigación esta tarea más precisa y que requiere más dedicación y hien-po. No es lo habitual. Es más, aplicando con un rigor inusitado el principio

de derechos de autor, ni los materiales ni los diarios de excavación ni las fichas de las intervenciones salen de quienes han intervenido. De manera muy excepcional se consigue una información medianamente suficiente para saber lo que ha ocurrido en el momento de la excavación. ¿Por qué no se discute en público de todo esto?

La administración se encuentra con frecuencia en una maraña que le lleva a rehuir cualquier conflicto, que normalmente aparece siempre aunque se oculte. Suele tomar el camino más fácil, dejando actuar a los arqueólo-gos más liberamente de lo que sería de desear, permitiendo incluso que cuando uno de ellos plantea problemas de conservación de los restos, sea sustituido por otro más proclive a los intereses contrarios. Ejemplos podía poner, pero prefiero no hacerlo. Así, dejando a un lado proyecciones que a veces son tan claras que no merece la pena comentarlas, la gestión se ve entrospeçada por la imperiosa necesidad de una minoría que busca un bene-ficio inmediato, sin plegarse a los también legítimos intereses de la colecti-vidad.

No voy a decir más, aunque sienta tentación de hacerlo. Sólo haré una última propuesta, la de que debe de considerarse la gestión de los bienes culturales como una opción colectiva en la que la administración tiene res-ponsabilidades y los ciudadanos deben de exigirlos. No todo es libertad de mercado y beneficio máximo. La calidad de vida incluye también el disfru-te colectivo de la cultura y de los bienes que la conforman.

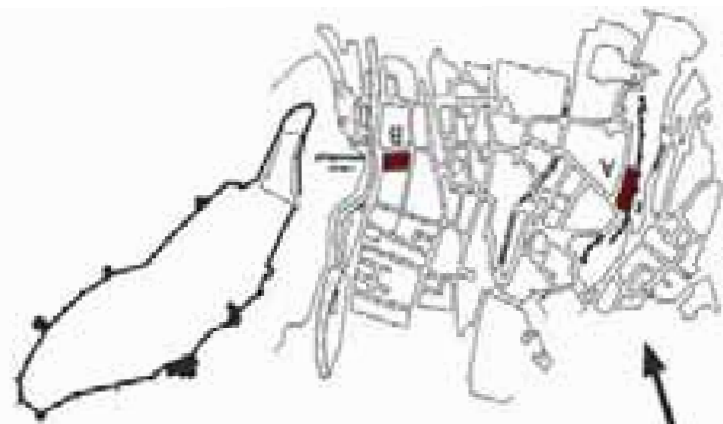
Se me permitirá que termine como hacía Cervantes en la primera parte de *Don Quijote*. Claro está que no soy tan importante autor, aunque, como todo español, tenga algo del hidalgo manchego, la utopía, y de su escude-ro, la vivencia de una realidad a veces sofocante. Pues bien, siguiendo a Ariosto, en su *Orlando furioso*, nuestro príncipe de las letras, escribía: "Fosó otro canteró con miglior plectio" ("Quizá otro cantará con mejor pluma"). Avellaneda continuó el relato del insigne caballero manchego, pero final-mente el propio Cervantes tuvo que escribir la segunda parte de su inmor-tal obra.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL TEXTO

- FRANCOMICH, Riccardo (2000): "Archeologia urbana", en CARA, Lorenzo (ed.): *Ciudad y territorio en al-Andalus*. Granada, pp. 10-20.
- FRESNEDA PADILLA, Eduardo, TORO MOYANO, Isidro, PEÑA RODRIGUEZ, José Manuel y GOMEZ BENITO, Rafael (1991): "Excavación arqueológica de emergencia en la villa romana de la calle Primavera (Granada)". *Anuario de Arqueológico de Andalucía*, vol. III, pp. 149-156.
- MALPICA CUELLO, Antonio (2000 a): *Granada, ciudad islámica. Mitos y realidades*. Granada.
- MALPICA CUELLO, Antonio (2000 b): "¿Sirve la arqueología urbana para el conocimiento histórico? El ejemplo de Granada", en CARA, Lorenzo (ed.): *Ciudad y territorio en al-Andalus*. Granada, pp. 21-59.
- MALPICA CUELLO, Antonio (2001): "Arquitectura y arqueología medieval. Bases para una discusión sobre el caso de Granada", en CAÑAVATE TORIBIO, Juan (ed.): *Arquitectura y arqueología medieval*. Granada, pp. 17-34.
- SOTOMAYOR, Manuel SOLA, Antonio y CHOCLAN, Concepción (1986): *Los más antiguos vestigios de la Granada ibero-romana y árabe*. Granada.
- SOTOMAYOR MUÑO, Manuel (1988): *Cultura y picaresca en la Granada de la Ilustración. D. Juan de Flores y Odoáriz*. Granada.
- TORRES BALBAS, Leopoldo (1928): "Granada la ciudad que desaparece". *Revista Arquitectura*, 53, pp. 305-318.

RELACION DE GRAFICOS INCLUIDOS

- Gráfico 1.**— Localización de las intervenciones arqueológicas sistemáticas en Granada:
A.— Carmen de la Muralla
B.— Maristán
- Gráfico 2.**— Situación de las actuaciones arqueológicas (seguidimientos y excavaciones) llevadas a cabo en la ciudad de Granada, en el período 1983-1994.
- Gráfico 3.**— Diagrama de barras de las intervenciones arqueológicas realizadas de 1983 a 1994 y de 1995 a 2000.
- Gráfico 4.**— Diagrama de barras de las intervenciones arqueológicas anuales durante el período 1995-2000.
- Gráfico 5.**— Diagramas de barras de los grupos y cabezas de grupos en el período 1996-2000



Grafo 1
Localización de las intervenciones
arqueológicas:
A - Carmen de la Morilla
B - Marabá

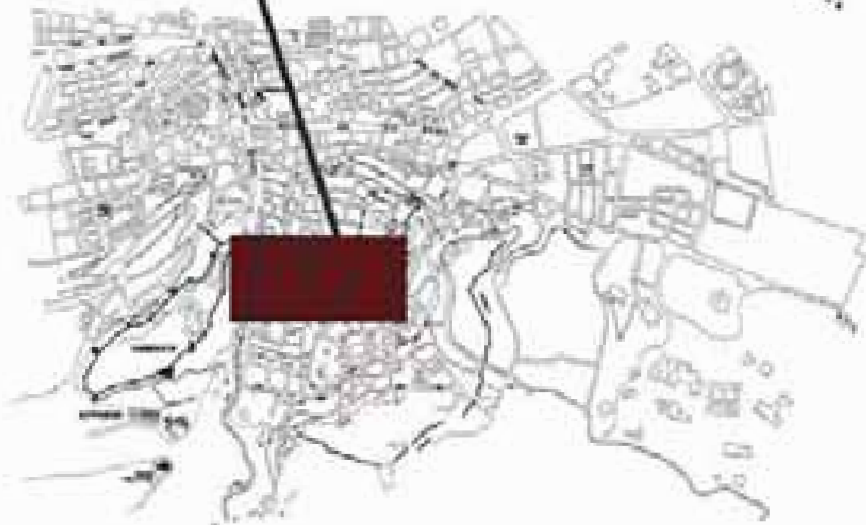




Gráfico 2
 Situación de las actuaciones arqueológicas (seguimiento y excavaciones) y barridos a cado en la ciudad de Granada en el periodo 1983-1994

INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA CIUDAD DE GRANADA

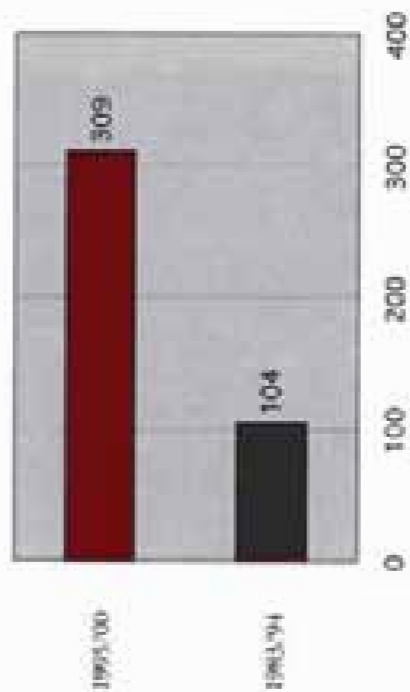


Gráfico 3

Diagrama de Barras de las intervenciones arqueológicas realizadas de 1985 a 1994 y de 1995 a 2000

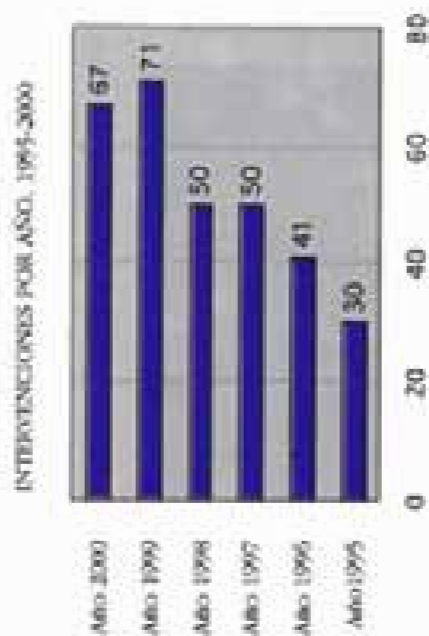


Gráfico 4

Diagrama de Barras de las intervenciones arqueológicas anuales durante el periodo 1995-2000

INTERVENCIONES POR GRUPOS DE ARQUEÓLOGOS 1996-2000

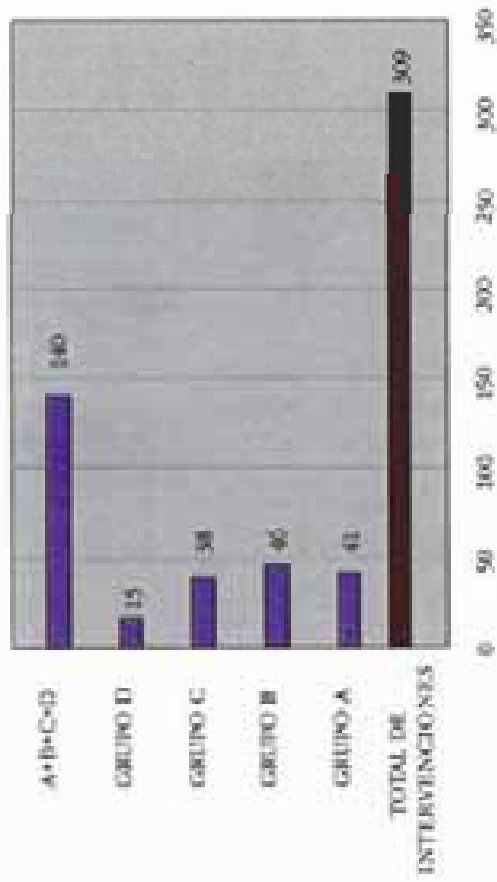


Diagrama de barras de los grupos de arqueólogos durante el período 1996-2000

Gráfico 5

INTERVENCIONES POR ARQUEÓLOGOS 1996-2000

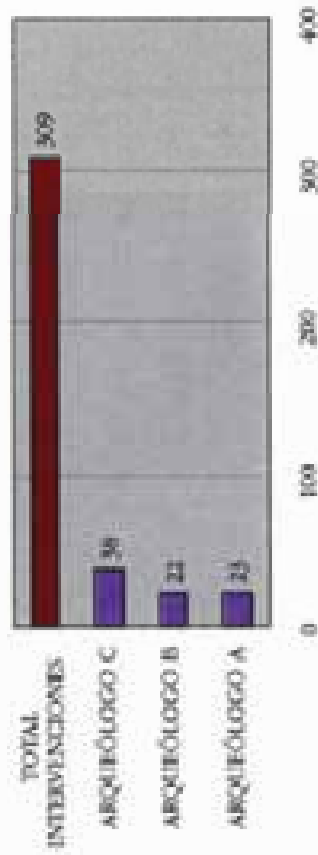


Diagrama de barras de los cabezas de grupo en el período 1996-2000